

*“EL ALGODÓN DE AZÚCAR”*

*YO Y EL ALZHEIMER*

*“TELMO”*

Mi abuela era una persona increíble, cocinaba cosas riquísimas siempre, le gustaba cuidar su jardín y sus plantas. Hacía jerséis, le gustaba pintar y leer, nunca descansaba, siempre tenía cosas que hacer. Siempre andaba haciendo planes, no se daba cuenta de que se iba haciendo mayor.

De repente un día comenzó a contarme dos veces la misma cosa, otro día me preguntaba algo que acababa de responderle. Yo me sentía raro porque no sabía que le pasaba, pensaba que era solo cansancio.

Iban pasando las semanas y era frecuente que le ocurrieran cosas que antes no le sucedían. Se le quemaba la comida, echaba azúcar en lugar de sal a las lentejas, le costaba recordar un número de teléfono...

Mi madre decidió llevarla al médico porque empezaba a estar preocupada. Cuando volvieron del médico venían con caras largas. Sólo escuche una palabra "ALZHEIMER", y oí a mis padres llorar.

Esa noche cogí mi ipad y busque la palabra. Descubrí que es una enfermedad neurodegenerativa que afecta al cerebro, que es incurable y que te lleva a la muerte. Me sentí tremendamente triste. Apenas dormí esa noche. Tenía que buscar una forma de ayudar a mi abuela.

Decidí todos los días ir a visitarla y contarle lo que había hecho cada día con pelos y señales, así como preguntarle a ella que había hecho. Pero sobre todo quería que me contara cosas de sus recuerdos, de su infancia y los apuntaba en una libreta para leérselos cuando ella ya no recordara.

Cada vez que se olvidaba una palabra yo le ponía un cartel con ella pegada en un corcho grande. Comencé a llamarla “mi algodón de azúcar”, porque recordaba cómo nos reíamos cuando yo era pequeño y en la feria nos comíamos el algodón de azúcar y nos quedábamos pegajosos.

Poco a poco fue olvidando sus recuerdos, era con si cada aliento soplara un globo donde se iban sus recuerdos. Ya no recordaba ningún nombre, ni siquiera el mío.

Yo seguía yendo a verla y le contaba lo que había hecho cada día, sin dejarme nada. Como ella no recordaba casi nada yo me inventaba cosas que imaginaba que habría hecho. Luego le daba un beso y le decía: ¡adiós mi algodón de azúcar!, y ella se quedaba allí con la mirada perdida en un vacío inmenso.

Poquito a poco se fue consumiendo, uno de los últimos días que fui a verla, la abrace tan fuerte como pude y le dije al oído: ¡mañana nos comeremos un algodón de azúcar! y ella de repente apretó mi mano un poquito, muy débilmente.

Fue la última vez que la vi con vida, pero a pesar de lo duro que fue verla como cayó en el olvido, también creo que aprendí a quererla más y traté de hacerla feliz.

Hoy tengo una libreta llena de sus recuerdos y de sus enseñanzas, algo que el Alzheimer no se pudo llevar.

“Telmo”





